

Volumen XXI

Mayo 1.º de 1926

Número 204

REVISTA
del
COLEGIO MAYOR
de
Nuestra Señora del Rosario

Publicada bajo la dirección
de la Consiliatura



Nova et vetera

BOGOTA

IMP. DE «LA LUZ» —CARRERA 7.ª, NÚM. 590

MCMXXVI

CONTENIDO

- Santa Pelagia, penitente.*
Ensaladilla. Menudencias
de varia, leve y entretenida
erudición..... FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN
- Conferencia escolar. El*
honor..... MONSEÑOR BAUNARD
- Un santo de nuevo cuño* DIONISIO ROJAS
- Lenguaje de un perro.....* I. NARANJO ARANGO
- Petroglifos Colombianos...* EDUARDO POSADA
- La destrucción de los bos-*
ques en Colombia..... CARL SAPPER
- La literatura Colombiana* ANTONIO GÓMEZ RESTREPO
- Recepción de los nuevos*
colegiales
- Valioso legado*

REVISTA

del

Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Bogotá, mayo 1.º de 1926

SANTA PELAGIA, PENITENTE

DEL LIBRO DE LA CONDESA DE PARDO BAZÁN,

Cuadros religiosos, 1925

En tiempo del insigne Marciano sucedió la conversión de Pelagia, muy famosa cortesana de Antioquía, llamada por su hermosura y por sus ricas sartas *la Margarita* o *la Perla*. Después de María Magdalena y de la Egipcíaca, no existe pecadora—ni la misma Tais—en quien haya obrado prodigios mayores la divina gracia.

Antioquía era, a mediados del siglo V, poco antes de que Cosroes la arrasase sin dejar piedra sobre piedra, una populosa y floreciente metrópoli, rival de Roma y Constantinopla, que se ufana con el título de *Reina de Oriente*. El lujo, la riqueza, el arte, la licencia, lo que en las costumbres persistía tenazmente del vencido paganismo, perduraba en Antioquía más que en Bizancio. En Antioquía se conservaba el culto enervante de la helénica Afrodita y de la fenicia Astarté, y los sacrificios de palomas y tórtolas, las guirnaldas de rosas y mirto, las ofrendas de flores de beleño maceradas en vino generoso no escaseaban en las aras de mármol. El pueblo—habi-

tuado a estos ritos, encariñado con fiestas que también protegían los opulentos y los *clarísimos*, patricios emigrados de la casi destruída Roma a la ciudad del placer—se oponía al celo airado de los cristianos, ansiosos de destruir los templos y derretir o hacer añicos las efigies de la diosa. Amotinábanse a veces en las calles; pero aún no se habían atrevido a consumir la devastación, a pesar de que los alentaba el patriarca Máximo, hostigado a su vez por los solitarios venidos de los cenobios de la Tabaida.

Para deliberar acerca del remedio que podría aplicarse a la corrupción de las costumbres y a la persistencia efectiva del paganismo, convocó Máximo un concilio provincial de todos sus obispos sufragáneos. Al concilio concurrió, entre muchos, el monje Nono, obispo de Edesa, en Mesopotamia. Era Nono un apóstol desecado, más que por el sol implacable del desierto líbico, por las extrañas penitencias a que se entregaba. Su elocuencia era de fuego; no parecía sino que había bebido las llamas del astro refractadas en los arenales, y las despedía por la boca en candentes ríos. Y sucedió que una tarde, hallándose el patriarca a la puerta de la iglesia del mártir San Julián, como viese venir a Pelagia muy engalanada y escoltada, a Pelagia, que con sus atractivos, sus gracias, su arte escénico y su talento adornado y brillador, era la verdadera columna del yá resquebrajado templo de Afrodita, dijo al milagroso monje; «Hábla, Nono, siervo de Dios, a ver si abochornas a esa perra infame por la cual posee el demonio altares e incienso en Antioquía; pues en verdad te digo que la mujer es el anzuelo del pecado, el cebo maldito con que nos engaña Satanás».

Pelagia se acercaba; oíanse yá sus carcajadas frescas, musicales como arpegios, y se la veía ¡reclinada en la silla de manos, que llevaban cuatro esclavos nubios, tocados como las esfinges y con un pañizuelo de listas a la

cintura. La comedianta se reía del flaco Nono y del apuro de un joven diácono que bajaba los ojos por no verla y se desgarraba con las uñas el pecho. Merecía Pelagia, no obstante, la admiración que debe tributarse a toda bella obra divina. De mediana estatura y finos miembros, su cuerpo moreno, ceñido por angosta túnica color de azafrán, tiene la elegancia felina de las panteras jóvenes. Ligeramente dorado calza su pie diminuto, y su pesada cabellera negra, entretejida con hilos de gruesas perlas, se desenrosca por los hombros y culebrea hasta el tobillo, donde sus últimas hebras se desflecan esparciendo penetrantes aromas de nardo, cinamomo y almizcle. Sus ojos son grandes, rasgados, pero los entorna incitativo mohín; su boca, pintada y entreabierta, deja ver los dientes de nácar y la sombra rosada del paladar. Sobre el seno más collares de perlas se escalonan, y un rubí enorme destella sangre. En los dedos resplandecen sortijas que casi los cubren.

El asceta, en lugar de apartar la vista del profano objeto o de escupir el suelo como asqueado, fijó en la cortesana sus ojos fascinadores, de los cuales empezaron a fluir lentamente lágrimas abundantes que empapaban las mejillas y se perdían en la hirsuta barba gris. Hiriéndose el enjuto esternón con el nudoso puño, gimiendo dolorosamente, sólo exclamó a tiempo que Pelagia le contemplaba sorprendida:

—Hermanos, ¡qué desdichado soy! Veo a esta mujer que tanto cuidado, tanta maestría, tanto acierto muestra en agradar a los hombres.....; que consigue hacerse tan bella, tan incentiva.... ..; y pienso, hermanos, pienso que nosotros no sabemos imitar su destreza para agradar a Dios. Hagamos penitencia, hermanos míos, obispos, lloremos nuestra torpeza, nuestra frialdad..... No sabemos adornar nuestra alma como Pelagia adorna su cuerpo.

Oremos, lloremos, dadme las disciplinas ahora mismo. Quiero sufrir para ser perdonado».

Pelagia, seria, sorprendida, vaciló; quiso acercarse, pero de pronto ordenó a sus esclavos dar la vuelta y la litera se perdió en el laberinto de calles que conducen al Santuario de Afrodita. A la noche siguiente, Nono vio en sueños una paloma negra, cubierta de fétido lodo, que revoloteaba a su alrededor, hasta que, por fin, tomándola él en la mano y metiéndola en una pila de agua, aparecía blanca como la nieve, y se remontaba al cielo. A las pocas horas, en pleno concilio, presentábase Pelagia, deshecha en llanto, pidiendo con altas voces el bautismo. No era costumbre darlo a los pecadores sin pública penitencia; pero, de una parte, Pelagia estaba instruída, había sido catecúmena hacía años; de otra, el efecto de la conversión de Pelagia tenía que ser fulminante en la ciudad: los últimos dioses de los gentiles rodaban al suelo hechos trizas. La alegría del asceta fue tal al reconocer a la negra paloma, que llamando a su diácono le ordenó guisar las legumbres con aceite y traer un poco de vino a la mesa. Los solitarios cocían su frugal sustento sin grasa ni sal y sólo bebían agua clara; el diácono se admiró. «Hoy es el día más feliz de mi vida», le dijo Nono. «Que todo tenga aire de fiesta».

Pelagia, entretanto, repartía sus alhajas y su dinero entre los pobres; daba libertad a esclavos y esclavas, se cortaba el pelo, se ponía la blanca túnica de los neófitos, y a los ocho días cabales, vestida de monje, cubierto el rostro, salía hacia Jerusalén, donde había resuelto empezar otra vida. Cuatro años después el diácono de Nono, llamado Jacobo, quiso ir en peregrinación a la ciudad Santa. El obispo le encargó mucho que trajese noticias de un joven solitario llamado Pelagio. Preguntó, en efecto, y supo que vivía en el monte Olivete, encerrado en una especie de sepultura, alimentado sólo de algunas hier-

bas silvestres y del agua de una fuentequilla. Acercóse lleno de curiosidad al refugio del solitario y llamó. Abrióse la reja, y asomó una cara espantosa, momificada; unos labios consumidos, unos ojos grandes, devastados por el continuo llorar; aunque el diácono se acordaba de la hermosura de la cortesana, no pudo conocer a aquel espectro. Creyó que era un santo penitente y se encomendó a sus oraciones, porque las necesitaba: su juventud bullía aún demasiado en sus venas. Pasados algunos meses, el diácono, teniendo que volver a Jerusalén, se aproximó a la celda otra vez, a fin de pedir que rezase por él el solitario. Llamó en vano; empujó la puerta, haciendo saltar el débil cierre, y vio al penitente acostado en su estera, muerto, plácido, casi hermoso. Entonces no pudo menos de reconocer a Pelagia, y dando un grito se arrodilló. Desde aquel día no fue perturbado su espíritu.